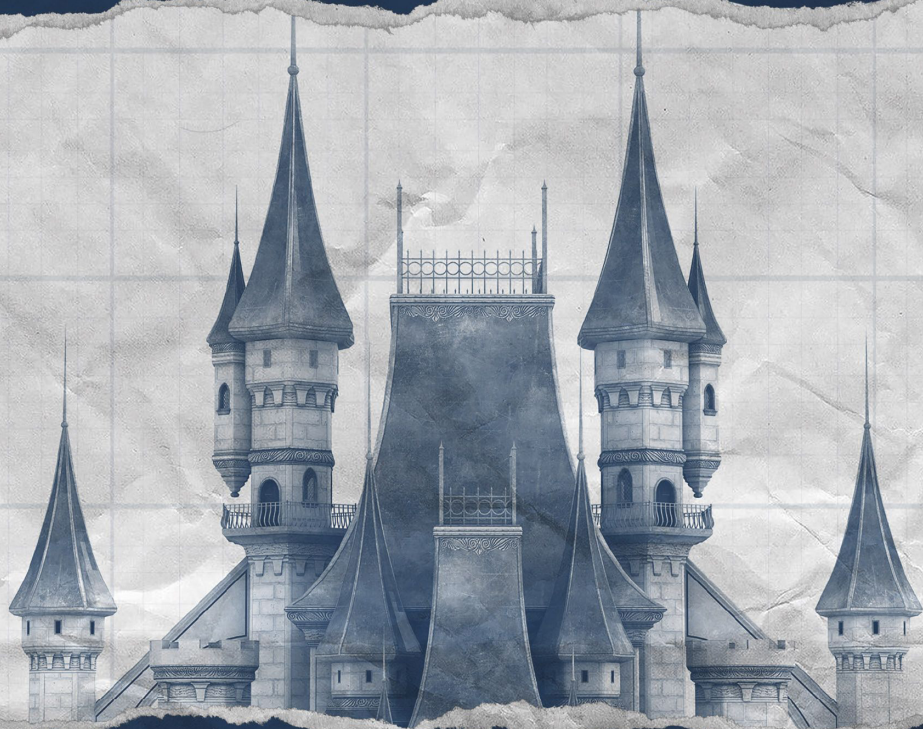


LAUREN ASHER



La letra pequeña

(The Fine Print)

Besties

Books

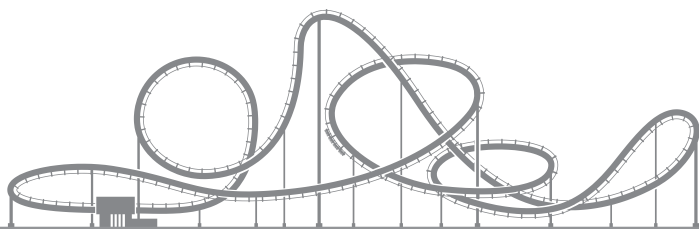
SOLO HAY ALGO MÁS FUERTE
QUE EL AMOR... EL ODIO.

LAUREN ASHER

*La letra
pequeña*
(The Fine Print)

Traducción de Anna Valor Blanquer



Rowan

La última vez que estuve en un funeral, terminé con un brazo roto. La historia de que me había lanzado a la tumba abierta de mi madre fue noticia. Han pasado más de dos décadas desde ese día y, aunque he cambiado por completo como persona, mi aversión al duelo no lo ha hecho en absoluto. Sin embargo, por mis responsabilidades como el familiar más joven de mi difunto abuelo, se espera de mí que me mantenga firme y sereno en el velatorio. Me resulta casi imposible, porque me pica la piel como si llevara un traje barato de poliéster.

La paciencia se me agota a medida que van pasando las horas y cientos de empleados y socios de la Kane Company nos dan el pésame. Si hay algo que soporto menos que los funerales es hablar con la gente. Solo tolero a unos pocos individuos, y mi abuelo era uno de ellos.

«Y ya no está.»

La sensación de ardor en el pecho se intensifica. No

sé por qué me afecta tanto. He tenido tiempo para prepararme mientras estaba en coma, pero lo que siento dentro de la caja torácica vuelve con fuerza cada vez que pienso en él.

Me paso una mano por el pelo oscuro por hacer algo.

—Te acompaño en el sentimiento, hijo —dice un asistente que no conozco interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Hijo? —La palabra sale de mi boca con el veneno suficiente para hacer que el hombre se encoja.

Se recoloca la corbata en el centro del pecho con manos torpes.

—Bueno... Yo... Eh...

—Disculpe a mi hermano. El duelo le está resultando difícil.

Cal me pone una mano en el hombro y me da un apretón. Su aliento, que huele a vodka y menta, me da en la cara y me hace fruncir el ceño. Puede que mi hermano mediano vaya de punta en blanco con su traje planchado y su pelo rubio peinado a la perfección, pero el contorno rojo de sus ojos me cuenta otra historia.

El hombre masculla unas cuantas palabras que no me preocupan por escuchar y se dirige a la salida más cercana.

—¿Que el duelo me está resultando difícil?

Aunque no me gusta que mi abuelo haya fallecido, no me está «resultando difícil» nada que no sea el ardor de estómago que tengo.

—No te pongas así. Es lo que se dice en los funerales.

—Dos cejas rubias se juntan y Cal me mira amenazador.

—No necesito excusar mi comportamiento.

—Depende, si espantas al mayor inversor en nuestros hoteles de Shanghái, puede que sí.

—Mierda.

Por algo prefiero la soledad. Hablar de pequeñeces requiere demasiado esfuerzo y diplomacia para mi gusto.

—¿Puedes al menos intentar ser amable una hora más? Por lo menos hasta que se vaya la gente importante.

—Lo estoy intentando. —Me da un tic en el ojo izquierdo y aprieto los labios.

—Pues esfuérzate más. Por él. —Cal señala con la cabeza la foto que hay encima de la chimenea.

Suelto una exhalación algo temblorosa. Nos hicieron esa foto durante un viaje familiar a Dreamland cuando mis hermanos y yo éramos críos. Mi abuelo sonrío a la cámara pese a que yo lo ahogo rodeándole el cuello con los bracitos. Declan está de pie al lado del abuelo y la instantánea lo pilla poniendo los ojos en blanco mientras Cal le planta dos dedos detrás de la cabeza. Mi padre luce una sonrisa sobria poco habitual y rodea con el brazo los hombros de mi abuelo. Si me esfuerzo lo suficiente, puedo imaginarme la risa de mi madre mientras toma la foto. Aunque mi recuerdo de ella está algo borroso, si lo intento, puedo recomponer su sonrisa.

Un escozor raro en la garganta me dificulta tragar.

«Alergia residual de la primavera en la ciudad, nada más.»

Me aclaro la garganta irritada.

—A él no le habría gustado todo este espectáculo.

Aunque mi abuelo se dedicaba justamente al espectáculo, no le gustaba ser el centro de atención. Pensar que toda aquella gente había cogido el coche hasta las afueras de Chicago por él le habría hecho poner los ojos en blanco si siguiera entre nosotros.

Cal se encoge de hombros.

—Precisamente él era consciente de lo que se esperaba de él.

—¿Un evento de *networking* disfrazado de funeral?

Las comisuras de los labios de Cal se elevan en una pequeña sonrisa antes de volver a caer y formar una línea recta.

—Tienes razón, el abuelo estaría horrorizado, porque siempre decía que el domingo era un día de descanso y paz.

—No hay paz para los malvados.

—Y menos para los ricos.

Declan se me coloca al otro lado. Observa a la multitud con gesto severo. Mi hermano mayor tiene perfeccionado lo de intimidar a la gente hasta tal punto que lo ha convertido en una ciencia, y todo el mundo evita su mirada, negra como el carbón. Lleva un traje a conjunto con su pelo oscuro, lo cual suma a su aspecto misterioso.

Estoy algo celoso de Declan porque la gente suele hablarme a mí primero, tomándose por el más amable de los tres hermanos al ser el más joven. Puede que naciese el último, pero, desde luego, no nací ayer. El único motivo por el que los asistentes se toman la molestia de hablarnos es que quieren quedar bien con nosotros. Esa especie de trato falso es esperable. Sobre todo cuando la brújula moral de las personas con las que nos relacionamos apunta en todo momento al infierno.

Una pareja desconocida se nos acerca. La mujer se saca un pañuelo de papel del bolso para secarse los ojos ya secos mientras su acompañante nos tiende la mano. Yo bajo la vista y miro la mano como si pudiera transmittirme alguna enfermedad.

Se le enrojecen las mejillas mientras vuelve a meterla en el bolsillo.

—Quería darles el pésame. Lo siento mucho. Su abuelo...

Voy asintiendo y dejo de prestarle atención. Va a ser una noche larga.

«Va por ti, abuelo.»



Tengo la mirada puesta en el sobre blanco. Mi nombre está escrito en el anverso con la caligrafía elegante de mi abuelo. Le doy la vuelta y lo encuentro cerrado con su clásico sello de cera del Castillo de la Princesa Cara de Dreamland intacto.

El abogado entrega otras cartas a mis hermanos.

—Deben leer estas cartas individuales antes de que les informe de las últimas voluntades del señor Kane.

Se me constriñe la garganta mientras rompo el lacre y saco la carta. Está fechada justo una semana antes del accidente que dejó en coma a mi abuelo, hace tres años.

A mi pequeño y dulce Rowan:

Ahogo una risa. *Pequeño y dulce* son las últimas palabras que usaría yo para describirme, puesto que soy alto como un jugador de la NBA y tengo la complejidad emocional de una piedra, pero mi abuelo era feliz en su ignorancia. Era lo mejor y también lo peor de él, dependiendo de la situación.

Aunque ya eres un hombre, para mí siempre serás un chiquillo. Aún recuerdo el día que tu madre te tuvo como si fuese ayer. Fuiste el más grande de los tres, con tus mofletes gordos y una

mata de pelo negro por la que, por desgracia, te envidié. No te faltaban pulmones para llorar y no parabas hasta que te dejaban en brazos de tu madre. Era como si todo fuera bien en el mundo cuando te cogía.

Leí el párrafo dos veces. En pocas ocasiones había oído a mi abuelo hablar de mi madre de forma tan preocupada. El tema se había vuelto tabú en mi familia hasta el punto de que apenas era capaz de recordar su cara o su voz.

Sé que he estado ocupado trabajando y que no he pasado tanto tiempo con vosotros como debería. Era fácil culpar a la empresa de la distancia física y emocional de mis relaciones. Cuando tu madre murió, no supe muy bien qué hacer para ayudar. Como tu padre me alejaba, me volqué en el trabajo hasta anestesiarme. La estrategia funcionó cuando mi mujer murió y cuando a tu madre le llegó un final parecido, pero soy consciente de que abocó a tu padre al fracaso. Y, por lo tanto, os fallé también a vosotros. En lugar de enseñarle a Seth cómo vivir después de una pérdida tan grande, le enseñé cómo aferrarse a la desesperanza y, al final, solo conseguí haceros daño a tus hermanos y a ti. Tu padre os crio de la única forma que supo, y es culpa mía.

Mi abuelo excusando las acciones de mi padre, cómo no. Había estado demasiado ocupado para prestar atención al monstruo en el que había acabado convirtiéndose su hijo.

En el momento en el que escribo esto, estoy viviendo en Dreamland, intentando reconectar conmigo mismo. Estos últimos años he tenido un runrún y no he sabido qué me preocupa-

ba hasta que he venido aquí a reevaluar mi vida. He conocido a alguien que me ha abierto los ojos ante mis errores. A medida que ha crecido la empresa, me he alejado del motivo por el que empecé todo esto. Me he dado cuenta de que he estado rodeado de mucha gente feliz, pero nunca en la vida me he sentido más solo. Y, aunque mi apellido es sinónimo de felicidad, yo no la siento en absoluto.

Una sensación incómoda me clava las garras en el pecho, rogando que la libere. Hubo una época de oscuridad en mi vida en la que me habría identificado con su comentario, pero apagué esa parte de mi cerebro cuando me di cuenta de que solo podía salvarme yo mismo.

Niego con la cabeza y vuelvo a centrar la atención en el texto.

Es curioso hacerse mayor, porque lo pones todo en perspectiva. Este testamento actualizado es mi forma de reparar los daños después de la muerte y arreglar mis errores antes de que sea demasiado tarde. No quiero esta vida para vosotros tres. Ni para vuestro padre. Así que aquí viene tu abuelo al rescate, como buen príncipe de Dreamland que se precie (o buen villano, pero eso dependerá de cómo lo veáis vosotros, no yo).

Os he dado a cada uno una tarea que cumplir antes de recibir vuestra parte de la empresa. ¿Esperarías menos de un hombre que se gana la vida escribiendo cuentos de hadas? No puedo daros la empresa sin más. Así que, a ti, Rowan, el soñador que ha dejado de soñar, te pido una cosa:

Sé el director de Dreamland y haz que recupere la magia.

Para recibir tu 18 % de la empresa, tendrás que ejercer de director y encabezar un proyecto especial durante seis meses. Quiero que identifiques los puntos débiles de Dreamland y desarrolles un plan de renovación digno de mi legado. Sé que eres el

hombre adecuado para este trabajo porque no tengo a nadie de confianza a quien le guste crear más que a ti, aunque te hayas alejado de esa parte de ti con los años.

Me encantaba crear. Con especial énfasis en el tiempo verbal en pasado, porque ni loco volvería a dibujar, y menos a trabajar en Dreamland por voluntad propia.

Se contactará con un equipo independiente y se le pedirá que valore los cambios mediante una votación. Si no los aprueban, tu porcentaje de la empresa se le cederá a tu padre de forma permanente. No habrá segundas oportunidades. No se lo podrás comprar. Es lo que hay, chiquillo. Yo he trabajado duro para que la Kane Company tuviera el nombre que tiene y os toca a tus hermanos y a ti aseguráros de que vive para siempre.

Te querré siempre,

El abuelo

Me quedo mirando la tinta hasta que las palabras se emborronan. Me resulta difícil concentrarme en el abogado mientras habla del reparto de las acciones. Ahora nada de eso importa. Estas cartas interrumpen todos nuestros planes.

Declan acompaña al abogado a la puerta antes de volver a la sala de estar.

—Vaya puta chorrada —digo, y cojo la botella de whisky de la mesita de café para llenarme el vaso hasta el borde.

—¿Qué te toca hacer a ti? —quiere saber Declan mientras se sienta.

Le explico la tarea que tengo por delante.

—No puede pedirnos esto —dice Cal levantándose de la silla y empezando a andar de un lado para otro.

Declan se pasa la mano por la barba incipiente.

—Ya has oído al abogado. O le seguimos el juego o no podré ser director general.

Los ojos de Cal parecen más salvajes con cada respiración irregular.

—¡Joder, yo no puedo hacerlo!

—¿Qué puede ser peor que perder tu parte de la empresa? —pregunta Declan alisándose la americana.

—¿Perder la dignidad?

Lo miro durante un segundo.

—Pero ¿todavía te queda?

Cal me saca el dedo.

Declan se recuesta en su silla y bebe un sorbo de su vaso.

—Si alguien tiene derecho a estar cabreado, soy yo. Soy el que tiene que casarse con alguien y fecundarla para poder ser presidente.

—Sabes que para hacer un bebé lo que hace falta es sexo, ¿no? ¿Puede asimilarlo tu *software* interno? —Cal intenta empezar una pelea que no puede ganar.

Declan se enorgullece de ser el soltero más intocable de Estados Unidos, y no precisamente por acostarse con muchas.

Declan recoge la carta de Cal del suelo y la mira con expresión aburrida.

—¿Alana? Interesante. ¿Por qué pensaría el abuelo que sería buena idea que os rencontraseis?

¿Alana? Hacía años que no oía ese nombre. ¿Qué quiere el abuelo que haga Cal con ella?

Tiendo la mano para quitarle la carta a Declan, pero Cal se la arranca de los dedos antes.

—Vete a la mierda. Y no vuelvas a mencionarla —suelta Cal furioso.

—Si quieres jugar con fuego, prepárate, porque vas a quedar calcinado —responde Declan saludándolo con el vaso, y nos mira a uno y a otro—. Sean cuales sean nuestras opiniones personales sobre el tema, no tenemos otra opción que no sea acceder a las condiciones del abuelo. Nos jugamos demasiado.

Yo no pienso permitir que mi padre se haga con nuestra parte de la empresa. He esperado toda mi vida para poder dirigir la Kane Company con mis hermanos y no entra en mis planes que se la quede mi padre. No cuando nos alimenta algo más fuerte que el ansia de dinero. Porque si hay una lección que hemos aprendido de Seth Kane es que el amor va y viene, pero el odio dura para siempre.